

FRAGMENTOS DE *ROBINSON CRUSOE*

TEXTO 1: EL NAUGRAGIO

Nuestra situación se había vuelto desesperada y todos nos dábamos cuenta de que el mar estaba tan crecido, que el bote no podría soportarlo e, inevitablemente, nos ahogáramos. Ante esto, comenzamos a remar hacia tierra con pesar, pues sabíamos que, cuando el bote llegara a la orilla, se haría mil pedazos con el oleaje. No obstante, le encomendamos nuestras almas a Dios y, con el viento que nos empujaba hacia la orilla, nos apresuramos a nuestra destrucción con nuestras propias manos, remando tan rápidamente como podíamos hacia ella.

No sabíamos si en la orilla había roca o arena. Nuestra única esperanza era llegar a una bahía o un golfo, donde, con mucha suerte, pudiéramos entrar con el bote, ya con el agua más calmada. Pero no parecía que tendríamos esa suerte pues, a medida que nos acercábamos a la orilla, la tierra nos parecía más aterradora aún que el mar.

Después de remar, o más bien, de haber ido a la deriva a lo largo de más o menos una legua y media, una ola descomunal como una montaña nos embistió por popa e inmediatamente comprendimos que aquello había sido el golpe de gracia. En pocas palabras, nos acometió con tanta furia, que volcó el bote de una vez, dejándonos a todos desperdigados por el agua, y nos tragó a todos.

Nada puede describir la confusión mental que sentí mientras me hundía, pues, aunque nadaba muy bien, no podía librarme de las olas para tomar aire. Una de ellas me llevó, o más bien me arrastró un largo trecho hasta la orilla de la playa. Allí rompió y, cuando comenzó a retroceder, me dejó medio muerto por el agua que había tragado, en un pedazo de tierra casi seca. Todavía me quedaba un poco de lucidez y de aliento para ponerme en pie y tratar de llegar a la tierra, la cual estaba más cerca de lo que esperaba, antes de que viniera otra ola y me arrastrara nuevamente. Pronto me di cuenta de que no podría evitar que esto sucediera, pues hacia mí venía una ola tan grande como una montaña y tan furiosa como un enemigo contra el que no tenía medios ni fuerzas para luchar. Mi meta era contener el aliento y, si podía, tratar de mantenerme a flote para nadar, aguantando la respiración, hacia la playa. Mi gran preocupación era que la ola, que me arrastraría un buen trecho hacia la orilla, no me llevase mar adentro en su reflujo [...].

La ola casi me mata, pues el mar me arrastró, como las otras veces, y me estrelló contra una piedra, con tanta fuerza que me dejó sin sentido. Como me golpeé en el costado y en el pecho, me quedé sin aliento y si, en ese momento, hubiese venido otra ola, sin duda me habría ahogado. Mas pude recuperarme un poco, antes de que viniese la siguiente ola, y conseguí agarrarme con todas mis fuerzas a un pedazo de la roca. Ya cerca de la orilla, en una carrera llegué a tierra firme, donde, para mi satisfacción, trepé por unos riscos que había en la orilla y me senté en la hierba, fuera del alcance del agua y libre de peligro.

Encontrándome a salvo en la orilla, elevé los ojos al cielo y le di gracias a Dios por salvarme la vida en una situación que, minutos antes, parecía totalmente desesperada. Creo que es imposible expresar cabalmente, el éxtasis y la conmoción que siente el alma cuando ha sido salvada, diría yo, de la mismísima tumba. [...] Pues las alegrías súbitas, como las penas, al principio desconciertan.

Caminé por la playa con las manos en alto y totalmente absorto en la contemplación de mi salvación, haciendo gestos y movimientos que no puedo describir, pensando en mis compañeros que se habían ahogado; no se salvó ni un alma, salvo yo, pues nunca más volví a verlos, ni hallé rastro de ellos, a excepción de tres de sus sombreros, una gorra y dos zapatos.

Miré hacia la embarcación encallada, que casi no podía ver por la altura de la marea y la espuma de las olas y, al verla tan lejos, pensé: «¡Señor!, ¿cómo pude llegar a la orilla?» Después de consolarme un poco, con lo poco que tenía para consolarme en mi situación, empecé a mirar a mi alrededor para ver en qué clase de sitio me encontraba y qué debía hacer. Muy pronto, la sensación de alivio se desvaneció y comprendí que me había salvado para mi mal, pues estaba empapado y no tenía ropas para cambiarme, no tenía nada que comer o beber para reponerme, ni tenía alternativa que no fuese morir de hambre o devorado por las bestias salvajes. Peor aún, tampoco tenía ningún arma para cazar o matar algún animal para mi sustento, ni para defenderme de cualquier criatura que quisiera matarme. En suma, no tenía

nada más que un cuchillo, una pipa y un poco de tabaco en una caja. Estas eran mis únicas provisiones y, al comprobarlo, sentí tal tribulación, que durante un rato no hice otra cosa que correr de un lado a otro como un loco. Al acercarse la noche, empecé a angustiarme por lo que sería de mí si en esa tierra había bestias hambrientas, sabiendo que durante la noche suelen salir en busca de presas.

La única solución que se me ocurrió fue subirme a un árbol frondoso, parecido a un abeto pero con espinas, que se erguía cerca de mí y donde decidí pasar la noche, pensando en el tipo de muerte que me aguardaba al día siguiente, ya que no veía cómo iba a poder sobrevivir allí. Caminé como un octavo de milla, buscando agua fresca para beber y, finalmente, la conseguí, lo cual me causó una inmensa alegría. Después de beber, me eché un poco de tabaco a la boca, para quitarme el hambre, y regresé al árbol. Mientras me encaramaba, busqué un lugar de donde no me cayera si me quedaba dormido. Corté un palo corto, a modo de porra, para defenderme, me subí a mi alojamiento y, de puro agotamiento, me quedé dormido. Esa noche dormí tan cómodamente como, según creo, pocos hubieran podido hacerlo en semejantes condiciones y logré descansar como nunca en mi vida.

TEXTO 2: PRIMEROS DÍAS EN LA ISLA

Y ahora que voy a entrar en el melancólico relato de una vida silenciosa, como jamás se ha escuchado en el mundo, comenzaré desde el principio y continuaré en orden. Según mis cálculos, estábamos a 30 de septiembre cuando llegué a esta horrible isla por primera vez [...]. Al cabo de diez o doce días en la isla, me di cuenta de que perdería la noción del tiempo por falta de libros, pluma y tinta y que entonces, se me olvidarían incluso los días que había que trabajar y los que había que guardar descanso. Para evitar esto, clavé en la playa un poste en forma de cruz en el que grabé con letras mayúsculas la siguiente inscripción: «Aquí llegué a tierra el 30 de septiembre de 1659». Cada día, hacía una incisión con el cuchillo en el costado del poste; cada siete incisiones hacía una que medía el doble que el resto; y el primer día de cada mes, hacía una marca dos veces más larga que las anteriores. De este modo, llevaba mi calendario, o sea, el cómputo de las semanas, los meses y los años.

Hay que observar que, entre las muchas cosas que rescaté del barco, en los muchos viajes que hice, como he mencionado anteriormente, traje varias de poco valor pero no por eso menos útiles; a saber: plumas, tinta y papel de los que había en varios paquetes que pertenecían al capitán; tres o cuatro compases, algunos instrumentos matemáticos, cuadrantes, catalejos, cartas marinas y libros de navegación; todo lo cual había amontonado, por si alguna vez me hacían falta. También encontré tres Biblias muy buenas, que me habían llegado de Inglaterra y había empaquetado con mis cosas, algunos libros en portugués, y otros muchos libros que conservé con gran cuidado. Tampoco debo olvidar que en el barco llevábamos un perro y dos gatos, de cuya eminente historia diré algo en su momento, pues me traje los dos gatos, y el perro saltó del barco por su cuenta y nadó hasta la orilla, al día siguiente de mi desembarco con el primer cargamento. A partir de entonces, fue mi fiel servidor durante muchos años. Me traía todo lo que yo quería y me hacía compañía; lo único que faltaba era que me hablara pero eso no lo podía hacer. Como dije, había encontrado plumas, tinta y papel, que administré con suma prudencia y puedo demostrar que mientras duró la tinta, apunté las cosas con exactitud. Mas cuando se me acabó, no pude seguir haciéndolo, pues no conseguí producirla de ningún modo.

Esto me hizo advertir que, a pesar de todo lo que había logrado reunir, necesitaba más cosas, entre ellas tinta y también un pico y una pala para excavar y remover la tierra, agujas, alfileres, hilo y ropa blanca, de la cual aprendí muy pronto a prescindir sin mucha dificultad.

Pero, ¿qué necesidad tenía de preocuparme por la monotonía que me imponía cualquier obligación si tenía todo el tiempo del mundo para realizarla? Tampoco tenía más que hacer cuando terminara, al menos nada que pudiera prever, si no era recorrer la isla en busca de alimento, lo cual hacía casi todos los días.

Comencé a considerar seriamente mi condición y las circunstancias a las que me veía reducido y decidí poner mis asuntos por escrito, no tanto para dejarlos a los que acaso vinieran después de mí, pues era muy poco probable que tuviera descendencia, sino para liberar los pensamientos que a diario me afligían. A medida que mi razón iba dominando mi abatimiento, empecé a consolarme como pude y a anotar lo bueno y lo malo, para poder distinguir mi situación de una peor; y apunté con imparcialidad, como lo harían un deudor y un acreedor, los placeres de que disfrutaba, así como las miserias que padecía, de la siguiente manera:

Malo	Bueno
He sido arrojado a una horrible isla desierta, sin esperanza alguna de salvación.	Pero estoy vivo y no me he ahogado como el resto de mis compañeros de viaje.
Al parecer, he sido aislado y separado de todo el mundo para llevar una vida miserable.	Pero también he sido eximido, entre todos los tripulantes del barco, de la muerte; y Él, que tan milagrosamente me salvó de la muerte, me puede liberar de esta condición.
Estoy separado de la humanidad, completamente aislado, desterrado de la sociedad humana.	Pero no estoy muriéndome de hambre ni pereciendo en una tierra estéril, sin sustento.
No tengo ropa para cubrirme.	Pero estoy en un clima cálido donde, si tuviera ropa, apenas podría utilizarla.
No tengo defensa alguna ni medios para resistir un ataque de hombre o bestia.	Pero he sido arrojado a una isla en la que no veo animales feroces que puedan hacerme daño, como los que vi en la costa de África; ¿y si hubiese naufragado allí?
No tengo a nadie con quien hablar o que pueda consolarme.	

Pero Dios envió milagrosamente el barco cerca de la costa para que pudiese rescatar las cosas necesarias para suplir mis carencias y abastecerme con lo que me haga falta por el resto de mi vida.

En conjunto, este era un testimonio indudable de que no podía haber en el mundo una situación más miserable que la mía. Sin embargo, para cada cosa negativa había algo positivo por lo que dar gracias. Y que esta experiencia, obtenida en la condición más desgraciada del mundo, sirva para demostrar que, aun en la desgracia, siempre encontraremos algún consuelo.

Habiendo recuperado un poco el ánimo respecto a mi condición y renunciando a mirar hacia el mar en busca de algún barco, comencé a ocuparme de mejorar mi forma de vida, tratando de facilitarme las cosas lo mejor que pudiera.

TEXTO 3: TRAS 15 AÑOS DE SOLEDAD EN UNA ISLA, ROBINSON CRUSOE DESCUBRE LAS HUELLAS DE OTRO SER HUMANO

Ocurrió una mañana, hacia mediodía, cuando me dirigía hacia la piragua. Ante mi sorpresa descubrí las huellas perfectamente nítidas de un pie desnudo sobre la arena. Me detuve estupefacto, como golpeado por un rayo, o como si hubiese visto un fantasma. Escuché, miré alrededor, no oí ni vi nada. Subí a un gran montículo para observar desde allí, recorrí la playa a lo largo y a lo ancho, pero no encontré ningún vestigio. Volví, pues, a observarlas nuevamente y a examinar alrededor para asegurarme de que no habían sido producto de mi fantasía; pero no, allí estaba muy precisa la huella de un pie, los dedos, el talón y todas sus partes. No sabía ni tampoco podía imaginarme cómo había llegado hasta allí. Después de infinitas ideas confusas, como las que se le pueden ocurrir a un hombre absolutamente perplejo y fuera de sí, volví a mi refugio, sin saber, por así decirlo, adónde iba, aterrado

hasta lo indecible, mirando hacia atrás a cada dos o tres pasos, confundiendo cada arbusto y cada árbol, cada tronco a lo lejos, con un hombre. No es posible describir las formas diversas que atribuía a todos los objetos mi imaginación trastornada, cuántas ideas extravagantes se me ocurrieron y cuántos pensamientos extraños y absurdas elucubraciones me pasaron por la cabeza en aquel camino.

Cuando llegué a mi refugio, entré en él como a quien lo persiguen. Jamás una liebre o un zorro asustados huyeron a ocultarse con mayor terror que el mío a su refugio. Aquella noche no pude dormir. Estaba tan confuso con los terrores que yo mismo alimentaba en mí, que no pensaba más que en siniestras fantasías, pese a que en aquel momento me encontraba lejos del motivo de mi terror.

¡Qué extraña obra de la providencia es la vida de un hombre! ¡Y qué secretos y contradictorios impulsos nos mueven, según las diferentes circunstancias! Hoy amamos lo que mañana odiamos. Hoy buscamos lo que mañana evitamos; hoy deseamos lo que mañana nos dará miedo. Yo era un ejemplo manifiesto y viviente de esta verdad en este momento, pues yo, un hombre cuya mayor aflicción era haber sido borrado de toda sociedad humana, solo, rodeado por el ilimitado océano, separado de la humanidad, y condenado a una vida silenciosa; yo, que era un hombre a quien el cielo había considerado indigno de vivir entre los hombres, un hombre a quien el solo hecho de ver a uno de su especie le hubiese parecido renacer; yo, ahora, podía temblar de miedo ante la visión de un ser humano, y estaba dispuesto a meterme bajo la tierra, solo a causa de una sombra o de la ininteligible presencia de un hombre que había dejado las huellas de sus pies en esta isla.

La causa de todo esto surgía únicamente del hecho de haber visto las huellas del pie de un hombre, que me provocaron grandes aprensiones. Pues, como hasta entonces no había visto acercarse a la isla a ningún ser humano, ahora vivía con esta inquietud, que había quitado tranquilidad a mi existencia.

TEXTO 4: ROBINSON DESCUBRE A LOS CANÍBALES

Cuando bajé la colina hasta el extremo de la isla en el que no había estado nunca, tenía la certeza de que haber visto la huella de una pisada de hombre no era tan extraño como me lo había imaginado [...]. Pero cuando descendí de la colina a la playa, me llevé una sorpresa que me dejó absolutamente confundido y perplejo. Me resulta imposible explicar el horror que sentí cuando vi, sobre la orilla, un despliegue de calaveras, pies y demás huesos de cuerpos humanos y, en particular, los restos de un lugar donde habían hecho una fogata, en una especie de ruedo, donde acaso aquellos innobles salvajes se sentaron a consumir su festín humano, con los cuerpos de sus semejantes.

Estaba tan estupefacto ante este descubrimiento que, durante mucho tiempo no pensé en el peligro que me acechaba. Todos mis temores quedaron sepultados bajo la impresión que me causó el horror de ver semejante grado de infernal e inhumana brutalidad y tal degeneración de la naturaleza humana. A menudo había oído hablar de ello pero hasta entonces no lo había visto nunca tan de cerca. En pocas palabras, aparté la mirada de ese horrible espectáculo [...]. Más no pude permanecer en ese lugar ni un momento más, así que volví a subir la colina a toda velocidad y regresé a casa. [...] Además, ¿qué podía hacer un solo hombre contra ellos, que quizás serían veinte o treinta, armados de lanzas, arcos y flechas?

En resumen, llegué a la conclusión de que, ni por principios ni por sistema, debía meterme en este asunto. Mi única preocupación debía ser mantenerme fuera de su vista a toda costa y no dejar el menor rastro que les hiciese sospechar que había otros seres vivos, es decir, humanos, en la isla.

Después de esto, pasé casi un año sintiéndome de ese modo. Deseaba tan poco encontrarme con aquellos miserables, que, en todo ese tiempo no subí ni una sola vez la colina para ver si había alguno de ellos a la vista, o si habían venido a la playa, a fin de no verme tentado a reanudar mis proyectos contra ellos, ni tener la ocasión de asaltarlos.